

La última guerra romántica vista desde Grecia ⁽¹⁾

DIMITRIS FILIPPÍS

62
63

LETRA INTERNACIONAL

Prova generale de la inminente guerra mundial, la guerra civil española (1936-1939) conmovió y, a imagen y semejanza de la sociedad española, dividió profundamente a la opinión pública internacional. Por una parte, los ciudadanos demócratas de todo el país —muchas veces con el pleno apoyo de la mayoría de los intelectuales, artistas y estudiantes— organizaron grandes manifestaciones populares para ofrecer su ayuda incondicional a la República española, que estaba en peligro. Por otra, los que consideraban esta misma República como el trampolín para una posible expansión del comunismo por toda Europa, pusieron en pie de guerra todas sus fuerzas para evitar el peligro.

A causa de esta gran resonancia internacional de la guerra de España, los dos bandos adversarios, nacionales y republicanos, sabían que el resultado de su lucha podía decidirse incluso en el campo de la propaganda. Así, no escatimaron ni medios ni dinero en su intento de crear en el extranjero aquella imagen que correspondía a su lucha «justa». Ambos bandos organizaron «centros polivalentes de propaganda» y cada uno aseguró por su cuenta los medios y «las plumas» que le podían prestar su ayuda. Algunos de los más destacados personajes de la literatura y del periodismo internacionales, firmas ya conocidas o reconocidas poco más tarde, fueron la «voz» de los republicanos. Algo menos impresionante fue la comparecencia en el bando adversario, aunque las plumas no carecían de prestigio análogo. De todos aquellos corresponsales, algunos murieron en el campo de batalla, otros fueron encarcelados y condenados, mientras que otros «cambiaron la pluma por el fúsil», como Orwell, que se alistó en las Brigadas Internacionales y fue herido gravemente en el frente de Huesca (2).

Con ocasión de la guerra de España, la prensa mundial y las agencias periodísticas implantaron mecanismos de información nunca vistos hasta la época. El desgarró español interesaba a todos, el tema «vendía» y esto bastaba para que los medios de comunicación de entonces confiaran la «transmisión» de la (así llamada) «última guerra romántica» a las firmas más prestigiosas. La guerra civil española ofreció al periodismo la gran ocasión de identificarse, hasta cierto punto y con éxito, con la literatura. Los corresponsales de prensa consa-

(1) Una variante del presente artículo fue publicado por primera vez en *Ιστορικά* [Historiká, Semanal de Historia], del diario *Ελευθεροτυπία* [Elefcerotipía-Prensa Libre], t.16/3-2-2000 (fascículo dedicado a la guerra civil española). Aquí se ofrece la traducción del artículo reelaborado, como aparece en la edición griega de *Corresponsales en la guerra civil española-Catálogo de la exposición del Instituto Cervantes*, Atenas, 2008. No hace falta indicar que los pequeños cambios que hemos realizado a la hora de traducir este texto responden a las exigencias de la presente publicación en español.

(2) Fuente principal de este artículo son los estudios de José Mario Armero, *Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Sedmay, Madrid, 1976, y Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, Einaudi, Roma, 1959 (ed. española, *Los intelectuales y la guerra de España*, Júcar, Madrid, 1981). Véase, también, Dimitris Filippís, *Historia y literatura: La guerra civil española en Grecia*, Ediciones del Orto-Universidad de Minesota, Madrid 2008 (monografía en que reunimos nuestros estudios ya publicados en griego y español y ofrecemos una bibliografía selecta sobre el tema de «Grecia frente a la guerra civil española»).

*Kathimerini,
el diario con el
que colaboraba
Kazantzakis,
era liberal
de derechas.*

graban, según su propia postura política e ideológica, la lucha de uno u otro bando. Muchas veces, en los reportajes, las distintas batallas o los asedios de las ciudades se comparaban con las cruzadas medievales y, en algún momento, ciertos textos parecían salir de las entrañas de la historia.

Historia y mitología estaban al servicio de la propaganda, se confundían y se nutrían la una de la otra. Koestler consideraba feliz la España de la guerra con la suerte histórica que le había tocado vivir, que la hacía «ascender» a la categoría de «Tierra Santa». «Alcázar, el Mesolungui de España», titulaba el diario *Καθημερινή* [*Kathimerini*-Diario] las corresponsalías de Nikos Kazantzakis escritas durante el asedio de Toledo, ciudad que se había convertido en símbolo de los nacionales, que la defendían contra las fuerzas del Frente Popular, como exactamente, en el siglo anterior, la ciudadela griega de Mesolungui se había convertido en símbolo de la resurrección griega contra los turcos. Herbert Matthews, corresponsal de *The New York Times*, lo expresó sin rodeos: «Todos los que vivimos la guerra civil española nos sentimos implicados en ella de manera profundamente emocional». Por otra parte, esta implicación emotiva muchas veces llegaba hasta la exageración, y las exageraciones convenían a ambos bandos a condición de que funcionasen a su favor. En 1954, Koestler reveló que muchos de los episodios que narra en su obra *El testamento español* no los había vivido él mismo sino que se los habían contado, y admitió que incluyó a propósito estos hechos «porque el mundo tenía que estremecerse de horror»(3).

Ahora bien, para los que se sentían más literatos y menos periodistas, las exageraciones eran algunas veces tan... exageradas que desplazaban completamente a la realidad. Entre los «exagerados» hay que incluir a Hemingway, quien «adornaba sus textos con mucha sangre, como si su única finalidad fuese la de aterrorizar a sus lectores», por lo que la agencia con la cual colaboraba (North American Newspaper Alliance) le aconsejó que se limitase a lo más necesario y sustancial. Sin duda ofendido por esta bronca a causa de que aquellos despachos suyos eran de los peores que había escrito nunca, el futuro premio Nobel se inspiró en la guerra civil española a la hora de escribir su obra maestra, *Por quien doblan las campanas*, y algunos cuentos «profundamente antibelicistas, que no son nada poéticos, ni crueles ni exagerados, sino relatos expresivos en los que el autor cuenta la vida cotidiana de los corresponsales de guerra en los frentes, los bares y los hoteles de España». No hay que olvidar que en el Hotel Florida de la capital española, uno de los «hogares» de los periodistas extranjeros, en habitaciones que «olían a tabaco, whisky y churrasco» (ya que a menudo los corresponsales se veían obligados a cocinar y comer en sus habitaciones) y «en medio de los

3) Para lo que se refiere aquí, véase, Mario Armero, *op. cit.*, pág. 67-115, y Filippís, *op. cit.*, pág. 20-24; también Dimitris Filippís (coord.), 1936: *Ελλάδα και*

Ισπ avía [1936 Grecia y España] ed. Vivliórama, Atenas, 2007, pág. 115-143 (el estudio de Vangelis Anguélis) «Grecia frente a la guerra civil española».



sonidos que provenían de las máquinas de escribir y con el único entretenimiento de algún viejo gramófono con un disco de Chopin», Hemingway se enamoró de Marta Gellhorn, corresponsal de *Collier's*, con la cual se casó más tarde (4). Por cierto, otros corresponsales escribieron años después sus propias obras maestras inspirándose en la guerra de España: por ejemplo, André Malraux escribió y dirigió *L'espoir*; George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Arthur Koestler, *Testamento español*...

Ambos bandos ejercían una censura despiadada. Censores muy atentos ponían en tela de juicio los textos de los periodistas antes de que ellos los enviaran por el telégrafo a sus diarios. Los censores republicanos, por ejemplo, tenían que cumplir con la orden de no permitir que se transmitiese ninguna noticia que hiciera referencia a la ayuda soviética que recibía el Gobierno del Frente Popular, así como censurar toda referencia que hablase de la moral del pueblo y del ejército. Frente al «inquisidor», el corresponsal extranjero tenía dos alternativas: comprarle o engañarle. Hubo quien podía comprar a su censor filatélico regalándole series de sellos y hubo quien podía hablar de ejecutados escribiendo «muertos». Las comillas servían para que los redactores entendiesen de qué se trataba en realidad... Gracias a la inteligencia de los primeros y a causa de la debilidad de los segundos, pudieron pasar, sin ser censurados, muchos textos periodísticos excelentes. Sin



Nikos y Eleni Kazantzakis, en la Casa de El Greco de Toledo, con unas amigas, en 1950.

Portada de la primera edición griega de *Viajando: España*, Atenas, 1937.

Portada de la edición turca de *Viajando: España*.

(4) Véase, Mario Armero, *op. cit.* pág. 86-88, con cita a la obra de Hemingway, *The Fifth Column*, también la edición griega, Ernest Hemingway,

Τέσσερις Ιστορίες από τον πόλεμο της Ισπανίας [Cuatro historias de la guerra de España], Delfini, Atenas, 1996, de donde provienen las citas del texto.

La última guerra romántica vista desde Grecia

DIMITRIS FILIPPIS

66
67

LETRA INTERNACIONAL

*En Grecia
circulaba el boletín
que redactaba el
agente diplomático
de Franco pero
estaba prohibido
el del Comisariado
de Propaganda
republicano.*

embargo, es más atrayente hablar de los que cometieron errores, como pasó por ejemplo con *The New York Times*. El diario había enviado dos corresponsales, uno a cada bando: Herbert Matthews al bando republicano y William Carney al nacional. El segundo, católico y bastante filofranquista, se apresuró a dar crédito a un comunicado de prensa del *Generalísimo* que hablaba del inminente triunfo de los nacionales en Teruel y el corresponsal envió a su diario un reportaje del triunfo. El mismo día en que se publicaba el reportaje llegaba a la ciudad Matthews con el fotógrafo Robert Capa, encontrándola en poder de las fuerzas republicanas. Claro está que el diario se vio obligado a desmentirse a sí mismo. Bajo estas condiciones, los periodistas españoles, independientemente del bando en el que estuviesen, consideraban a muchos de sus colegas extranjeros espías, y algunos realmente lo eran, como por ejemplo Mijaíl Koltsov, corresponsal de *Pravda* (5).

No cabe duda de que, durante la guerra de España, muchos medios de comunicación fueron repetidamente víctimas de las posturas políticas tanto de sus corresponsales *in situ* como de sus redactores jefe que, a veces, reelaboraban a su aire los despachos que se les enviaban, prestando servicio a la propaganda política y no a la información, perjudicando así, según las palabras de Matthews, «los únicos factores que realmente importaban: la honestidad, la inteligencia y la minuciosidad». Y si algunos, como por ejemplo Hemingway, no pudieron ser ni honestos ni inteligentes ni minuciosos, esto se debía a su «inmadurez política al percibir y entender los problemas reales de la Segunda República». Si era este el *handicap* del escritor americano, el problema con Kazantzakis era que «a causa de su angustia existencial, mientras que, por una parte, se había puesto en la vanguardia literaria, traduciendo y haciendo conocer al público griego la poesía contemporánea española de mayor valor, una poesía revolucionaria y antifascista, por otra, como corresponsal en la guerra de España, elogiaba sin escrúpulos a Franco y condenaba abiertamente a la República que trajo consigo el anarquismo y la destrucción». Opiniones por el estilo las resaltaban los diarios liberales y de derechas, como era exactamente aquél en el que colaboraba Kazantzakis. Sin embargo, los diarios de izquierda a veces resultaban mucho más intransigentes. El ejemplo del diario comunista ortodoxo *Daily Worker* es muy representativo: definía como fascista a Koestler, ya que el escritor se había declarado a favor de la izquierda trotskista (6).

A pesar de que el bando republicano fuese mucho más organizado y eficaz en el sector de la censura y aunque gastase sumas enormes en propaganda en el extranjero, no pudo aprovecharse de esta superioridad suya entre los medios de comunicación. Esto se debió, por una parte, a la gran división y disensión que reinaban en el seno del Frente Popular y, por otra, a que en la mayoría de los

(5) Para lo referido en este párrafo, véase Mario Armero, *op. cit.*, pág. 67-82.

(6) Para lo referido aquí y más precisamente sobre Kazantzakis y Grecia, véase nuestros estudios ante-

riormente citados (n. 1 y 3). Con respecto a la cita, que es del periódico filológico *Nêa Eortia* [*Nea Estia*-Hogar Nuevo del 1937], véase Filippis, *Historia y literatura...*, *op. cit.*, pág. 23 y n. 11.



Nikos Kazantzakis en su casa de Egina, en julio de 1937.

El escritor griego Nikos Kazantzakis.

países europeos ejercían el poder regímenes autoritarios y fascistas. Por su parte, estos gobiernos autoritarios habían impuesto una rígida censura en la prensa de su país y, algunas veces, en lo que se refería precisamente a la «cuestión española»; estos mecanismos de censura estaban rodeados de funcionarios y diplomáticos españoles que, mientras tanto, se habían adherido y se habían sumado al franquismo. En este sentido, el caso de Grecia es muy característico: es dudoso que pudiese circular por Grecia (bajo el régimen autoritario del general Metaxás) algún ejemplar de aquellos boletines diarios que publicaba en diversos idiomas y enviaba por toda Europa el Comisariado de Propaganda de la Generalitat de Cataluña; por otra parte, es cierto que pudo circular el boletín que redactaba el agente diplomático de Franco en Grecia, el muy activo Sebastián de Romero Radigales, aunque se trataba, sin duda, de una circulación restringida (7).

El así llamado «régimen del 4 de agosto» (que se había impuesto en Grecia en aquel día del 1936 con el pronunciamiento encabezado por Ioannis Metaxás) censuraba todas las noticias que provenían de España. La prensa griega debía ser obligatoriamente filofranquista y las órdenes del general Metaxás a su Ministerio de Prensa y de Turismo eran muy concretas: no tenía que aparecer en la prensa ninguna noticia que hablase de los éxitos de los «rojos de España». Además, y naturalmente, no se permitía la publicación de noticias que hablasen de los «voluntarios comunistas griegos» que combatían con las Brigadas Internacionales, ni por supuesto se podía hablar del contrabando de armas que realizaba el Gobierno autoritario griego con ambos bandos españoles y sobre todo con el del Frente Popular. El Departamento de Censura del régimen griego confiscaba incluso la prensa extranjera que llegaba a Atenas y hacía referencia a estas actividades o simplemente insinuaba esta intervención ilegal (8). Por cierto, en aquel breve

(7) Sobre estos temas véase Filippis, *Historia y literatura...*, op. cit., pág. 29-50, y Filippis (coord.),

1936... op. cit., pág., 115-165.

(8) *Ibidem*, sobre el contrabando de armas.

*En sus crónicas,
Kazantzakis
quiso destacar
las opiniones
de intelectuales
españoles, como
Unamuno, sobre
la situación
en España.*

espacio de tiempo de casi tres semanas que transcurrieron entre el pronunciamiento español del 18 de julio y el pronunciamiento griego del 4 de agosto, el periódico del Partido Comunista de Grecia *Ριζοσπαστής* [*Rizospastis-el Radical*], de tirada muy limitada, hablaba detalladamente y con reportajes fotográficos impresionantes de las «gloriosas victorias del Frente Popular español». Por su parte, la prensa liberal griega trató de transmitir lo que ocurría en España de manera más objetiva. Sin embargo, los dos mayores diarios liberales, es decir *Kathimeriní* y *Eléfcero Vima* [*Ελεύθερο Βήμα*-Tribuna Libre], en sus comentarios publicados poco antes e inmediatamente después del pronunciamiento en España, destacaban la necesidad de que «aparecieran tanto en España como en Grecia unas personalidades fuertes que, como *deus ex maquina*, interviniesen para sacar a ambos países de la ingobernabilidad en la que se encontraban».

Franco y Metaxás intervinieron. El segundo, como él mismo y su propaganda repetían, justificó su intervención «para que no se convirtiera Grecia en España (...), ya que la conspiración comunista internacional y los subversivos autóctonos de la formación social preparaban un proyecto que reservaba a la pobre Grecia la misma suerte de la desgraciada España». Mientras la guerra en España continuaba, la prensa del régimen griego trataba de parangonar a Metaxás con el dictador portugués Salazar, «jefe pacificador», y no con Franco que, al contrario de los dictadores de Grecia y Portugal, «era muy joven, fuerte y guerrero» (9).

La guerra civil española no pudo estar en el proscenio de la actualidad durante todo el trienio que duró. Otros acontecimientos conmovedores, como fueron, por ejemplo, la guerra entre Japón y China, la formación del Eje, etc., la desplazaron de la primera página de los diarios. Sin embargo, no faltaron ocasiones para que saliera la cuestión española en las portadas. Por ejemplo, el Congreso para la Defensa de la Cultura, que tuvo lugar en julio de 1937 (empezó en España y se concluyó en París), ofreció una buena ocasión para que la prensa republicana en Europa y en el mundo se mostrase una vez más a favor de la Segunda República española. Este Congreso, que se organizó por iniciativa de Koltsov, concluyó sus labores con el poema «Juramento a Federico García Lorca», que escribió el representante griego en el Congreso, el poeta Stratís Tsircas, y recitó Aragón. En este punto debemos precisar que Grecia fue el país europeo en el que la obra de Lorca tuvo una más inmediata difusión y éxito. Fue gracias a Kazantzakis, que, en 1933, había traducido algunas obras del poeta granadino para la revista filológica

(9) Sobre todo esto véase Filippís, *Historia y literatura...*, op. cit., pág. 18-30, de donde provienen todas las citas (extraídas de los diarios griegos del periodo entre el 20 de julio y 4 de agosto de 1936).

(10) Filippís, *Historia y literatura...*, op. cit., pág. 23, también el texto entero en N. Kazantzakis,

España. Viva la muerte (tr. J. Maestre), Júcar, Madrid, 1971, o *Viajando: España* (tr. G. Flores Liera), Ediciones Clásicas, Madrid, 1998, pág. 374-376.

(11) En Filippís, *ibidem*, pág. 73-73, véase la traducción de parte de esta entrevista.



Kazantzakis (a la derecha) en las ruinas de Toledo en 1936.

Κύκλος [*Kiclos*-Círculo], en el marco de su primer viaje por España como corresponsal de *Kathimeriní*. Justo tres años después, esta vez como corresponsal de guerra, el 11 de enero de 1937, Kazantzakis firmará en dicho diario el artículo «Lorca, el poeta español asesinado» (10).

A principios de octubre de 1936, Kazantzakis regresó nuevamente a España. *Kathimeriní* anunció la misión del escritor en la guerra de España a partir de 2 de octubre y, «a petición de sus lectores y en espera de los inminentes despachos de su distinguido colaborador», el diario comenzó la publicación de una pequeña «antología» de los artículos publicados pocos años antes, durante el primer viaje del escritor cretense. El 24 de noviembre de 1936 apareció la primera de una serie de corresponsalías de Kazantzakis, que concluyeron el 17 de enero de 1937. «Qué vi durante 40 días en España» era el título general de aquellos textos, que del 24 al 29 de noviembre cubrieron casi todas las portadas del diario. Entre otras cosas, Kazantzakis quiso destacar las opiniones de intelectuales españoles, como las de Unamuno, sobre la situación en España, mientras que, junto con otros corresponsales, entrevistó a Franco, entrevista que se publicó el 22 de diciembre 1936. Sin embargo, aquella no era una entrevista exclusiva como la que consiguió de Franco, «del generalísimo y creador de la historia», otro colaborador de *Kathimeriní*, el académico Spyros Melás el 5 de mayo 1939, casi un mes después del final de la Guerra Civil (11).

De lo anterior resulta que, con respecto a la guerra civil española, la información que proporcionaban a su público los medios de comunicación en Grecia era más que censurada. Evidentemente a los lectores que les interesaba tener más información sobre la así llamada entonces «cuestión española» podían encontrar alguna otra solución, bastaba que tuviesen, por ejemplo, algún contacto con los miles de emigrantes en Estados Unidos, que conocían bien lo que pasaba en España por la prensa de la diáspora. Y, claro, había periódicos tanto más franquistas como más republicanos, pero éste sería ya el tema de otra investigación... □